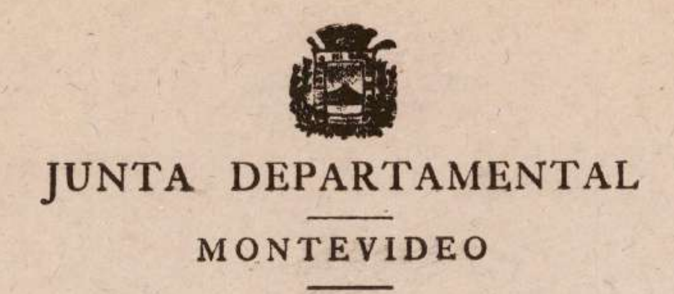


JUNTA DEPARTAMENTAL

MONTEVIDEO

HOMENAJE AL ESCRITOR FRANCISCO ESPINOLA

Setiembre 6 de 1962

5531



JUNTA DEPARTAMENTAL

MONTEVIDEO

HOMENAJE AL ESCRITOR FRANCISCO ESPINOLA

Setiembre 6 de 1962

ORIGEN DEL HOMENAJE

Sesión de la Junta Departamental de fecha Agosto 23 de de 1962

Sr. PRESIDENTE. — —Se va a leer un asunto que está en poder de la Secretaría.

(El señor Secretario General lee:)

"La Comisión de Asuntos Internos mociona para que se declare grave y urgente el homenaje solicitado al señor Francisco Espínola".

Sr. JAURENA. — ¿Me permite, señor Presidente?

Sr. PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor Edil Jaurena.

Sr. JAURENA. — Voy a proponer que en esa oportunidad se designe al señor Edil Alles para hacer uso de la palabra.

(Apoyados).

Sr. PRESIDENTE. — Se va a votar el homenaje.

(El señor Secretario General lee:)

"Para que se realice una Sesión Extraordinaria en homenaje al escritor Francisco Espínola, con motivo de cumplirse 30 años de haber sido entregados a la imprenta los originales de una de sus obras fundamentales "Sombras Sobre la Tierra". — 2º — Se acuñará una medalla de oro con la inscripción: "La Junta Departamental de Montevideo al ilustre escritor Francisco Espínola" para serle entregada en la ceremonia que se proyecta. — "3º — Se gestionará en el SODRE la trasmisión del acto por una de sus ondas radiofónicas. — "4º — La Mesa procederá a designar uno de sus miembros para que ofrezca el homenaje en nombre de la Junta".

(Se vota por unanimidad: 41 votos).

Sr. PRESIDENTE. — Se va a votar si se nombra al señor Edil Alles para hacer uso de la palabra.

(Se vota por la afirmativa: 40 en 41).

Se dictó la

RESOLUCION Nº 221:

" *1º—Disponer la realización de una Sesión Extraordinaria en homenaje al*
" *Escritor Sr. Francisco Espínola, con motivo de cumplirse 30 años de*
" *haber sido entregados a la imprenta los originales de una de sus obras*
" *fundamentales "SOMBRAS SOBRE LA TIERRA".*
" *2º—Se acuñará una medalla de oro con la inscripción "La Junta Departa-*
" *mental de Montevideo al ilustre escritor Francisco Espínola" para*
" *serle entregada en dicha ceremonia.*
" *3º—Gestionar del SODRE la trasmisión del acto por una de sus ondas*
" *radiofónicas.*
" *4º—Desígnase al Edil Sr. Luis Mario Alles para ofrecer el homenaje en*
" *nombre de la Junta".*

ACTA Nro. 1759

En Montevideo, a los seis días de setiembre de 1962, siendo las 22 horas y 5 minutos, celebró Sesión extraordinaria la JUNTA DEPARTAMENTAL DE MONTEVIDEO, bajo la Presidencia del

Sr. EDUARDO BAROZZI, Presidente

Secretaría de los señores Alfredo Lamboglia de las Carreras, Secretario General, y Federico L. Chater, Secretario.

Y con la asistencia de los Ediles señores:

T I T U L A R E S :

MIGUEZ, OSCAR
CASELLA, Cr. FRANCISCO J.
HELGUERA DE LOS SANTOS, Dr. F.
ARNABAL DAGNINO, ARTURO
OLIVERA POUEY, MARIA
ABELLA, Dr. HECTOR L.
USABIAGA SALA, MARTIN
NIETO, CARLOS A.
RODRIGUEZ GUIMARAENS, C.
LOPEZ, FERNANDO A.
SANTUCCI, ROQUE
GILMET, JOSE
UBAL, LUIS ALBERTO
MARTINEZ JAUREGUY, A.
MACHADO, LUIS E.
BECERRA MUNIZ, IRMA
OTTATI JORGE, RUBEN
DEVITA, ALFONSO RAUL
CABRERA GIORDANO, C.
CARBONELL BORBONET, J.
MOLINARI, LUIS
ALLES, LUIS MARIO
ORDONEZ DE CONFORTE, A.
FERRERI ODETO, CARLOS B.
PRATO, HUGO
CULTELLI, ANDRES F.
JAURENA, EDUARDO
AREVALO DE ROCHE, JULIA A.
BRUERA, LEOPOLDO

S U P L E N T E S :

ALVES TRIGO, MARIA LUISA
GONCALVEZ, MARCELO
PEREZ, RUBEN D.
SOARES DE LIMA, MARIA V.
LORDA, CARLOS
BERRIEL, HEBER
BAYLEY, JORGE
SHEPPARD PENCO, JUAN H.
CEDRES, JUAN
LORENZO, NELSON
GALVAN, FLURY

Con licencia, los Ediles señores: José María Zabala, Julio C. Triay Anglada y Luis Moro.

O R D E N   D E L   D I A

—Homenaje al escritor nacional Sr. Francisco Espínola —

HOMENAJE AL ESCRITOR Sr. FRANCISCO ESPINOLA —

Sr. PRESIDENTE. — Habiendo núm. en Sala, queda abierta la Sesión. La Junta Departamental de Montevideo recibe a este gran conciudada-

no, el escritor nacional Francisco Espínola. Esta vía deliberante de la Capital lo recibe con el afecto y el cariño que se merece como gran oriental y como un gran escritor.

Para él le deseamos ya el triunfo que lo tiene y que lo siga teniendo para el bien de todos los orientales.

Tiene la palabra el señor Edil Alles.

Sr. ALLES. — Señor Francisco Espínola: señor Presidente de la Junta Departamental, señores Ediles: yo tengo unido el apellido Espínola a inolvidables recuerdos de mi infancia. Y no precisamente por el gran escritor que la Junta Departamental —honrándose a sí misma— ha invitado esta noche a su seno. El era entonces un niño como yo; y los niños de una ciudad del interior de hace ya bastantes años no podíamos diferenciarnos. Los colegios eran los mismos para todos. Las calles casi desiertas y las plazas públicas los lugares de esparcimiento para todos. Y todos teníamos también en San José, en la media tarde de los domingos —y pido se me excuse esta reminiscencia bizarra— todos teníamos un vintén para comprar en la confitería de Vila una de sus famosas pipas de caramelo... Si alguno de aquellos niños llevaba en agraz en las misteriosas fuerzas de su espíritu los gérmenes del tremendo talento creador de Paco Espínola, él lo ignoraba, como nosotros.

Mi admiración se centraba en Don Paco, su padre, singular figura del militante político, de gobernante departamental, de periodista y de ciudadano.

Hombre de gran estatura, de fuerzas hérculeas y ceño adusto. lo veía pasar a caballo, por las calles del pueblo, mostrando siempre su buena disposición de detenerse a conversar con quienes se cruzaban en su camino, especialmente con los humildes, de los que se sintió tan cerca durante todas las etapas de su vida.

Afiliado al Partido Blanco, al que defendió con las armas en la mano en los pronunciamientos armados comunes en su época, en la prensa por intermedio de su periódico "La Paz" y en la tarea electoral que buscaba dirimir en las urnas las diferencias políticas, nada de ésto, con ser mucho, alcanza para definir totalmente la personalidad de Don Paco.

Su rasgo saliente era el amor al terruño: al pueblo de San José, al Departamento de San José. Por su mejoramiento, por la evolución progresista de sus instituciones, por la creación de nuevos medios de trabajo, por el fomento de los centros de cultura o, simplemente, por reparar una injusticia, era capaz de vencer cualquier obstáculo.

Inteligencia fina pero de profundo sentido realista y voluntad acerada, unidas a aquella bondad suya inalterable pero recatada y, además, un conjunto de cualidades sutiles nada fáciles de definir, le hicieron, sin proponérselo, caudillo de su partido.

Y lo fué, con prestigio de auténtica raigambre popular, en la paz y en la guerra, en la buena y en la mala suerte de sus parciales, para quienes aquel gigantón desgarbado era protección, fraternidad y esperanza.

Apasionado luchador de un partido político que no es el mío y que contaba entonces en San José con abrumadora mayoría electoral, más de una vez ocupó la posición de gobierno de mayor jerarquía que sus correligionarios podrían confiarle dentro del departamento: la presidencia del Concejo Departamental.

Tal era, en referencias muy incompletas por cierto, el padre del escrito que hoy homenajeamos.

La prelación que he dado a su recuerdo no me obliga a excusarme ante mis colegas.

En la masa de la sangre o en las misteriosas fuerzas del alma nos vie-

nen, a veces, de cerca o de lejos, señalamientos ineludibles, luces que no hemos encedido ni vemos y que nos van llevando sin embargo, como por obra de palingenesia, a conformar a determinado tipo humano.

Los que conocemos la noble y recia contextura moral de Paco —astracción hecha de su jerarquía intelectual— los que conocemos eso y hemos conocido a su padre, sabemos que éste no le dejó sólo el apellido.

Vamos a ocuparnos ahora del autor de "Sombras sobre la tierra".

Yo tengo a orgullo de haber sido, seguramente, el primer lector de este libro desconcertante y magnífico.

Cuando Paco iba dando fin a sus capítulos y aún antes de la depuración definitiva de la forma, nos reuníamos en mi casa de San José para leerlos y comentarlos.

No, claro, porque el escritor buscase en esa convivencia una opinión crítica que no estaba yo ni remotamente autorizado a emitir.

Sí, en cambio, para ver surgir los personajes, actuar, moverse y desaparecer en cada escena y comprobar la asombrosa naturalidad con que quedaban definidos —esculpidos, diría— en frases brevísimas que serían, y son ahora, honra de la narrativa americana.

Y como los personajes, su medio ambiente natural: el bajo fondo, los boliches envueltos en la sombra de la noche pero iluminados a través del relato por la agudeza estupenda del escritor con quien platicaba.

Yo no sé si todos conocen "Sombras sobre la tierra".

Me inclino a creer que no.

Su edición está agotada hace años y resulta muy difícil, en la actualidad, obtener un ejemplar.

Para que comprendan el deslumbramiento con que yo escuchaba a Espínola 30 años atrás, voy a leer unas muy breves líneas integrantes de un capítulo magistral que bastaría por sí solo para cimentar la fama de un narrador.

En un rancho del arrabal están velando a un enano, en el cajón que hubiera correspondido a un niño.

La noche es de invierno. En un rincón, un bracero encendido sobre el que arrojan, de tiempo en tiempo, hojas de alhucema. "Los pies del enano, chatos y largos, han sido puestos en posición horizontal, uno sobre otro, talón con punta y asegurados con un tiento, previendo que, verticales, no iban a permitir tapar el cajoncito". Desfilan gentes del rancherío por el velorio mísero que se estira una noche y otra hasta que lo clausura la policía. El padrastro del muerto pide a cada nuevo visitante "dos dos riales pa ponerle en las vistas al finao".

Con pinceladas de estupendo colorido y en frases que por lo breves parecerían no ser suficientes ni para iniciar un esbozo, Espínola deja vivos, definitivos, permanentes, el escenario y los partícipes de velorio del enano. Y cuando se detiene en el cajoncito y en el inanimado protagonista del episodio, sintetiza sus reflexiones con estas palabras que parecen descender como un rocío de llanto sobre la infinita desdicha del cuadro: "Está tan absurdo ahora como cuando animado, sin duda. Como antes parecía fuera de la vida, ahora parece fuera de la muerte. Cual si las fuerzas del vivir y el morir pasaran sin perturbar al infortunado campesino. Tal una roca entre ríos. Semejaba otrora un muñeco, algo sin vida; hoy no es una cosa con muerte. Lo que parece realmente ausente es algo exterior a él; una mano que lo hubiese manejado con hilos... Cuando se cierre el cajón, no. Entonces pensarán sin querer en algún niño. Y lo sentirán muerto aunque re-

cobren su figura. Es preciso no ver al enano. Entonces, recién entonces, habrá vivido y habrá muerto".

(¡Muy bien!).

Yo no he escogido este capítulo porque constituya una nota culminante del libro.

Pude haberlo hecho también con las páginas que se relacionan con Iracema, moribunda en la mancebía, y el alucinante concurso de tipos humanos que se mueven en torno de la prostituta enferma, relato de antología, bajo relieve tallado en piedra por mano de maestro. Pude referirme al final de Margarita, o a aquella figura de aquelarre que es la coya Macaria, liberando a René de un daño de amor por medio de misteriosas prácticas que vienen del fondo de los siglos. A estas o a otras escenas o figuras humanas que pasan por el libro, a veces fugazmente, pero que, sin embargo, quedan y que el lector inteligente no olvida.

Seres astrosos, hechos al tugurio, viviendo una existencia mísera y crapulosa, Espínola los muestra con crudo realismo, sin la preocupación de ocultar ni los detalles más íntimos de las noches del bajo fondo pueblerino. Y aquellos hombres y aquellas mujeres se salvan, sin embargo, de la ignominia y el envilecimiento. El escritor encuentra en todos y cada uno de sus personajes, aún en los más ínfimos, el rasgo la actitud o cuando menos el atisbo de algo todavía no contaminado que los acerca a nosotros, que nos permite entendernos con ellos. Esa carga de angustia e ignorancia, de tristeza y somentimiento que arrastran, muestra, por encima de todo, la sombría realidad de una organización social que no hemos querido, no hemos sabido o no hemos podido mejorar.

(¡Muy bien!)

Señor Presidente: yo debería decir cómo Espínola se hizo presente en la literatura nacional, sin balbuceos ni tímidos ensayos poco después de los veinte años, con un libro definitivo, maduro, de la excepcional jerarquía de "Raza Ciega". Referirme a la gracia subyugante de "Saltoncito"; a "Milón o el ser del circo" a "El Rapto".

Obviamente, sin embargo, a quien desea escuchar la Junta es a Espínola; no a mí. Y no soy yo por cierto, el que participa en último término de esa inquietud.

Corresponde destacar, no obstante, el acierto del Cuerpo al promover este homenaje.

La crítica más responsable de dentro y fuera de fronteras ha consagrado a Espínola como una figura señera de las letras hispano-americanas.

El gran premio nacional de literatura que le fuera discernido recientemente no ha hecho más que recoger ese unánime concenso continental.

Y este organismo, caja de resonancia de todos los matices de opinión política del departamento, surgido de la voluntad del pueblo y con una tradición honrosa y secular que lo vincula a los antigüos Cabildos del coloniaje, ha hecho bien en señalar un paréntesis a sus tareas habituales para exaltar la figura de Francisco Espínola.

El acto debe resultar agradable para el escritor, pero es honroso para la Junta.

Y para terminar, señor Presidente: he dicho recién que este es un organismo político.

¿Ha tenido Espínola, al margen de su tarea de hombre de letras, inquietudes que lo vinculen a esa actividad que, cuando se cumple con propósitos elevados, es la más eminente de todas?

Voy a contestar mi propia interrogante con una escueta referencia a dos episodios.

Fue por iniciativa de Espínola que hace alrededor de cuarenta años, (creo que en 1922) un comité juvenil del Partido Blanco constituído en San José, sacó de la miseria para llevar a la Cámara de Representantes a uno de los grandes de la literatura nacional: a Javier de Viana.

(Muy bien!).

Y en 1935, cuando el país había entrado en lo que alguien ha dado en llamar con acierto "un túnel de la historia" por el peligroso oscurecimiento de los horizontes de la libertad, Espínola fue a jugarse la vida en Paso de Morlán.

(Muy bien!).

Tal el escritor. Tal el ciudadano.

Si ni uno ni otro surgen de estas palabras con la adecuación necesaria a su jerarquía, sírvame de excusa que los viejos lazos que me unen a Espínola por el afecto y por el terruño me han impedido rehusar la honrosa encomienda que me confió la Junta.

(Muy bien! Prolongados aplausos).

Sr. PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor Francisco Espínola.

Sr. FRANCISCO ESPINOLA. — Señor Presidente de la Junta Departamental, señores Ediles, señoras y señores:

Cuando me enteré de que se me iba a ofrecer este homenaje tan sin proporción con mis méritos literarios yo pensé, no sólo que no lo merecía sino que en tal grado no lo merecía, que no debía aceptarlo. Dios, y asimismo algunos muy próximos a mí, saben si es verdad lo que digo: desproporcionado por provenir de este Alto Cuerpo y, además, porque dentro de los homenajes que la Junta de Montevideo ha tributado, el que me toca recibir es insólito, ya que resulto yo el primer escritor viviente al que se le dispensa.

No pude rehusarlo. No pude, a pesar de la argucia de última hora, que yo creí eficaz, de señalar la fecha —1933— en que "Sombras sobre la Tierra" apareció, con lo que pensé obtener, por lo menos, una prórroga de meses.

No pude, repito. Y aquí estoy ante ustedes. Lo justo, lo que al primer parecer pudiera estar bastante adecuado a las circunstancias, sería, ahora, estrecharles calurosamente, trémulamente la mano a todos y retirarme con mi mujer y mis hijos en silencio, llevándome una melancólica gratitud imperecedera.

Pero, además de antojárseme que esto resultaría también insólito, yo confieso que en este momento —lo siento insistente en mi alma—, tengo, ahora sí, real necesidad de decir algunas palabras, porque naturalmente, se me hace vivo el deber de referirme al libro que ustedes, señores Ediles, tan cariñosa y generosamente homenajean...

No hablaré de él desde el punto de vista literario. Esa no es tarea que incumba al autor. A lo que quiero referirme, a lo que siento la obligación de referirme, —como una manifestación más de mi gratitud—, es a las circunstancias extrañísimas de que "Sombras sobre la Tierra" fue rodeada siempre; ya cuando se engendraba, y, más tarde, al ella nacer y en su rodar por la vida.

Mientras un tiempo prudencial lo permita, yo voy a contar algunas de aquellas circunstancias. Ya no en tono de discurso, por cierto; sino al modo de quien, en soledad de dos, deja hablar a su corazón frente a un amigo querido. Aunque, antes, me referiré un momento a sus preliminares para evidenciar que si la obra no resultó todo lo excelente que yo hubiera querido, no fue por no tomar las cosas muy en serio.

Cuando escribía los cuentos de "Raza Ciega"; después, componiendo "Saltoncito" y algunas otras cosas, yo mantenía una actitud vigilante respecto de las técnicas, de los procedimientos de realización cuyos problemas íbanseme presentando y debía, en la ocasión, resolver como podía; pero que, en su

mayoría, era preciso seguir meditando a fin de llegar a saber con exactitud si no tendrían soluciones más ventajosas. Y era éste un honrado afán. Porque, en arte, el deseo de dominar en lo posible una técnica no nace del propósito de aderezar, de hacer que las cosas sean más lindas, sino para que ellas puedan pasar al receptor, al lector tal como son, tal como están en uno, lo más fielmente posible. Es la necesidad de no herir la materia a expresar; de mantener indemne eso que se ha hecho de naturaleza espiritual aunque haya llegado del mundo exterior concreto, y que debe objetivarse, de nuevo, en cosas materiales— en un papel con unos signos convencionales o en la tela de un cuadro, o en la piedra o en el bronce de una estatua para, desde allí, ejercerse como causa irresistible a fin de que la imagen espiritual, intransferible en la mayoría de los hombres, por milagro del prodigio técnico se levante idéntica en el alma de otro ser.

Después de mis dos primeros libros, empecé a pensar que, de escribir una obra narrativa de gran extensión, una novela, no la debería realizar como muchas de las que leía y, muchas, realmente admiraba; de las cuales, por otra parte, muy bien sabía yo que de ninguna manera podría hacer, no ya iguales, sino siquiera medianamente bien. No. No se trataba de inconducentes arrogancias; no se trataba de competir. El problema, personalísimo, era adecuar mis posibilidades efectivas; mi experiencia vital, mi inteligencia, la capacidad realizadora que había logrado, a lo que yo debería decir.

Toda obra requiere algo que centre, algo imperativamente establecedor de la unidad del conjunto. La mayoría de las veces eso queda a cargo del o de los protagonistas. Pero los personajes centrales que yo conocía y que yo admiraba no sólo estaban demasiado lejos de mis posibilidades técnicas y hasta espirituales debido a la falta de grandeza, a la dimensión de mi alma, sino que, así como eran ellos, no servían para lo que yo quería. Pues se trataba de que la obra ambicionada, además de tener muchísimos personajes parejamente atrayentes de la atención del lector, preséntase elementos de las más diversas categorías. Todo lo que en una obra de arte existe es, en mayor o menor grado, necesario y decisivo para el resultado general. Así, en una novela los personajes no son, al fin, más que núcleos acumuladores de causas que proyectarán sus efectos más o menos enérgicos en el alma receptora. Y de ese mismo modo puede funcionar la descripción de un árbol, de una piedra, de un objeto cualquiera, cuando se les elige bien y se les sitúa bien y se les trabaja bien, con poderes de suscitación que casi nunca corresponden, por cierto, a la escala natural de valores.

Aspiraba pues, no sólo a que los personajes no se destacaran mayormente unos sobre otros, sino, también, a que a cada instante incidieran en la conciencia del lector efectos que la comprometieran, que la tuvieran en jaque; a fin de que en cada página el lector se hallara conmigo y, fueran realmente, entonces, las líneas que mi mano iría trazando "el lugar de encuentro de dos almas", como Charles Du Bos define la obra de arte.

Para eso era preciso asediarle la conciencia, sin darle alce, con cosas expresivas, con cosas significantes de todo género. Por eso había resuelto que hasta las formas de ligadura de los diversos elementos; por ejemplo: la mención de por dónde va un personaje de cierto lugar a otro, aunque ello no tuviera importancia para la trama, resultase con el mayor interés posible. Es decir: que desde el principio al fin, a todo lo largo de la obra, tenía que estar levantándose de ella como una emanación expresiva.

No podría aceptarse, entonces, ningún personaje que centrara sólo él, demasiado exclusivamente, el interés. Y no podría ser, además de por las razones expuestas, porque yo, y esto es importante, quería decir que en la vida no hay personajes importantes. Unos tienen funciones importantes en

ella; otros, merecerían tenerlas y no lo consiguen porque no le permiten las circunstancias; otros, ni siquiera intentan conseguirla ; pero todos los seres tienen algo de común y, eso, eso, lo común a todos, es lo realmente importante. Y he ahí la maravilla que el arte siempre, siempre, cuando es grande, o, por lo menos, bien intencionado. trata de evidenciar.

Me decidí, seguro de que la unidad de una intensa emoción lo centraría todo. Comencé a planear una novela, entonces. En una gran hoja de papel hacía dibujos que, de haberlos visto alguien, lo que podría pensar era que tenía delante el proyecto de un edificio absurdo y no el de una novela uruguaya. Circunscriptas por un largo rectángulo, rayas paralelas, representativas de los temas principales, significaban que estos debían desarrollarse independientemente, sin siquiera tocarse en el transcurso de la obra. Sólo alguna de aquellas líneas, a veces, se acercaba a otra, la cruzaba, hacía ondas de aproximación a otras más y, después, seguía separada, a la misma distancia inicial.

Para dar en la obra la sensación de vida, de cosa imprevisible, de cosa infinita, no de algo "hecho", no como encerrado en un cofre, sino en lo posible abierto, igual a la vida, yo quería, también, que algunos temas comenzaran a desarrollarse, y después, escaparan de la novela; con personajes, por ejemplo, interesantes, bien sugestivos y artísticamente explotables que, a pesar de eso, sin justificación, no aparecieran nunca más. Lo que tenía que dejar siempre, siempre —nada más, pero nada menos—, era, siempre, una misma cosa: el fondo permanente —que me era lo esencial—, del alma humana. Y trazos oblícuos, —representantes de esos temas que interrumpidos sus desarrollos habrían de perderse—, tocaban un trecho, en ciertos puntos, las rayas ya existentes, las atravesaban e iban a dar o a la línea superior o a la inferior del rectángulo —según la dirección inicial; es decir: según las circunstancias de la trama en que debían entremezclarse—, para alejarse fuera de la demarcación, fuera de la novela, como en nuestra existencia tantas cosas: ya, sin desearlo y para siempre, lejos de toda posibilidad de apreciación.

Y abrigaba, también, asimismo, otros propósitos más. ¡En mi experiencia de vida había sorprendido momentos tan maravillosos! Maravillosos en sí mismos, pero que, en su instantaneidad, no admitían despliegue novelístico; maravillosos pero sin posibles "antes" ni "después" aprovechables, so pena de marchitarlos, de atenuarlos, de desvanecerlos. Ni siguiera eran ellos como estrellas fugaces. Puntos luminosos, sin estela, brillando al apagarse... Todo un mundo asomándose desde algo apenas con la duración de un gesto, de una mirada. ¿Cómo ponerlos sin obligarme a introducir a cada vez un nuevo personaje, entonces, y a ocupar, inútilmente, —personajes los había ya numerosísimos—, inútilmente un espacio en la trama? ¿Cómo, pues, si lo que yo necesitaba de cada uno de estos era, no su persistencia en la novela, no su "retrato, sino uno de sus rasgos entre mil, sólo uno, el extraordinario, el revelador de una excelencia del ser humano o de la presencia de una tragedia escondida o de una sonrisa entre lágrimas, pongamos por caso?

Cientos de esos testimonios que afloran fugacísimos de la casi inescrutable vida profunda —idéntica la de Shakespeare a la mía, a la del obrero bajo cuyos andamios pasamos—, cientos de esos testimonios me habían ido estrechando trémula y, sin embargo, bien lúcidamente amoroso a la vida. Y yo pensaba en la obligación de participarlos a la gente con menos suerte, con menos experiencia humana.

¿Pero cómo hacer?, insisto, me decía.

Entonces, yo trazaba en mi largo rectángulo unas líneas verticales. Las otras significaban situaciones humanas técnicamente explotables: prolongación de acciones en el tiempo y en el espacio; concretamente, para la no-

vela, páginas de extensión. Estas, que lo atravesaban a pico, que no establecían con nada otro contacto que en un solo punto, representaban esos momentos fugaces a que recién me refería; momentos en que, sin querer, un alma se revela en su esencia y, si no hay alguien allí presente y bien atento, será, puede ya que para siempre, como si esa alma no hubiera existido.

Así, con esas rayas verticales —representación, dije, de revelaciones inauditas—, poníame teóricamente en condiciones de introducir en la obra muchas cosas de las que un escritor, un gran escritor, diría: "¡Qué lástima que con esto no se pueda hacer, no ya una novela sino siquiera un cuento!". Me hallaba, pues, en esto.

Eran problemas técnicos que yo me iba presentando y resolviendo, asimismo, teóricamente; mirando, con cautela sus dificultades. Pero, por suerte, yo no estaba muy en escritor, a pesar de mi celo y de mi esmero cuando escribía. Por suerte. Si no, me habría pasado haciendo cálculos para encontrarme, después, sin materia humana con qué encarnar aquellas abstracciones. No. Yo al mismo tiempo, vivía. Y vivir era entregarme con toda el alma. Suele olvidarse que hay que darse a la vida. Hasta por egoísmo. Por más que se dé todo lo de uno, como se recibe aunque sea un poco de los demás, el que gana siempre es el más bueno, el que más obliga a retribuir.

Mientras tanto, iba siendo presa de una creciente inquietud metafísica —ha habido siempre una oscura religiosidad en mí—, y esa inquietud se iba haciendo más que eso; se me convertía en angustia. Y se ve que me defendía en mi subconciencia, lanzándome desordenadamente, no recuerdo la prioridad, a buscar paz a través de Maeterlinck, de Emerson, y, más aún, de Plotino. Los Evangelios que he frecuentado toda la vida, no me servían. De Jesús, no sé por qué, no recibo nunca más que lo humano. Empecé de nuevo a abrigar como una esperanza en el más allá. Ante mi reciente desolación de desamparo, era ésta el atisbo de un seno ultraterreno de amor. Y como sentía hambre imponente de amor, me entregaba, hecho un niño, a esos sueños que no admiten adjetivos definidores porque son más maravillosos de lo que palabra alguna puede dar idea... Pero, de pronto, yo, que tenía un concepto superficial y poco atento de Freud y de Spengler a través de obras de divulgación, me pongo a estudiar directamente a Freud y directamente a Spengler. Entonces, me heché atrás, consternado. La angustia que yo sufrí en aquellos días no sé cómo puede ser soportada. Por Spengler, el de los ciclos cerrados de cultura, yo, que al menos momentáneamente, tenía mi alma en paz, ya añorando, seguro de él, un transmundo de bien, de bondad, de belleza, me encuentro con que —tal vez, en mi hiperestesia, tomaba con exageración su pensamiento—, que dentro de la cultura en que se nace nada puede ser extraño a ella misma, y que hasta lo aparentemente más espontáneo, más libre en sí, se halla impuesto de antemano; que hasta el ansia de inquirir algo, o apenas en ese algo, ya estaba fatalizado en su impulso y en su dirección. De manera que no habría libertad, entonces, para tender el pensamiento, no ya hacia las estrellas; siquiera fuera del ámbito de la experiencia personal concreta, sujeta enteramente al irrecusable imperativo cultural.

Y por otra lado Freud, a quien yo empezaba a conocer bastante, me hiela, y me tira abajo todo aquel mundo bondadoso, aquel mundo de justicia, de paz y de amor en el que yo ansiaba confiar. Muchos hay, por cierto, que tienen seguridad de eso. Lo que es muy respetable. Pero la concepción tiene, para que valga, que producirse en uno, en la soledad del ser, como experiencia personalísima. Y Freud me descubre el mecanismo psicológico de la sublimación; me revela cómo un sentimiento negativo, un sentimiento hostil, un sentimiento que hiere al que lo experimenta, un reproche de la conciencia pue-

de transmutarse en lo contrario; tanto, en tal grado que, de espantoso, a veces, de terrible, de cruel se convierte en algo maravillosamente embriagador. Temí, ya, que toda creencia transcendente muy bien pudiera no ser otra cosa que el producto piadoso de una sublimación; de ésas con que el alma atribulada se consigue en la oscuridad su propio consuelo. Se me vinieron abajo, dije, todos los sueños. Y empecé a admitir que el hombre no tenía salida. Que yo estaba condenado a vivir a ciegas.

Con esto no quiero decir que lo que pensaba fuera cierto. Me refiero a lo que en aquellos momentos me pasaba. Sentí entonces una espantosa piedad por mí; una piedad de esas capaces de empujar la boca a besarse el propio brazo. Ella fué tan grande que me trasvasaba. Era de más para un sólo hombre. Y en la necesidad de querer, de compadecer, de compartir vida, ¿hacia dónde me iba a dirigir? ¿Hacia los de mi clase, de mi condición social, económica, intelectual? Estos eran los que menos me necesitaban. Precisarían algo, sí, aunque se me aparecían bastante, tal vez demasiado, contentos y confiados. Y me acerqué hacia los más humildes, hacia los más imperfectos, hacia los más ciegos; a los que eran más desgraciados que los otros y que yo mismo. Y esa fué mi vida durante un tiempo; compartir la existencia, el cariño fraternal —como nunca he querido, quise en aquellos años—, con los más modestos, con los faltos de la más rudimentaria cultura. Y hasta con los de una conducta que de ninguna manera era edificante; tan poco edificante. que, a veces, yo tenía que visitarlos en la cárcel.

Entonces, inicié "Sombras sobre la Tierra", la obra a la que ustedes dispensan esta noche tan excesivo honor; empiezo a pintar los seres y el ambiente que tenía delante; a pintar, también, otros que recordaba de mi experiencia personal, en algún modo relacionados con aquéllos; y gentes de poderosa sugestión que trataba todos los días en la casa de mis padres, —mi verdadera Universidad, la decisiva en mi formación y en mi desarrollo espiritual—, y que no sabían —¡bien que cuidaba yo el secreto!—, que su presencia interrumpía, a veces, las líneas con que yo los estaba trazando con esmerado cariño.

Yo era consciente de la extraña situación: la de un autor conviviendo inocentemente con sus personajes, amándose todos, sintiéndose menos importante él que ellos; más, sintiendo que los realmente importantes eran ellos, y que su misión consistía en poner esto bien de manifiesto. Yo comprendía, pues, que debía tener una gran gratitud a la vida; tal, que la de esta noche, causada por el honor que se me dispensa, de ninguna manera puede ser sino un nuevo elemento coadyuvante. En aquellos tiempos, muchas veces, pensé que me pasaban cosas como para Cervantes, como para Dostoiewsky, no para mí, sin ocurrírseme en aquel entonces que a ellos, tal vez —y sin tal vez— les sucedió mucho de lo mismo. Si no, no serían tan grandes. Sin ayuda afectiva de los demás, no hay hombre que haga nada grande; ni aún los genios artísticos.

Muy rápidamente —me he demorado más de lo debido—, debo referirme a lo que especialmente prometí; a las circunstancias extrañas, poco frecuentes, que, desde que empezó a ser escrita, han rodeado siempre a "Sombras sobre la Tierra".

Repito que nunca he estado en escritor. Menos iba a ir a aquellos medios humildes y a los bajos fondos, entre la gente más que modesta y más que pobre, a los rancheríos de terrón y paja y hasta, a veces, de lata, ni a buscar temas ni a dejar advertir aquello que en mí era superior a lo de mis amigos: condición social, cultura, etc. ¿Pero, me pregunto ahora, es que puede comportarse de otra manera un escritor? Si Cervantes lo es, si lo es Dostoiewsky, si lo es Gorky, ¿por qué no pensar que, a lo mejor, ellos debieron de vivir así; y que escribieron obras de literatura tan gran-

des porque a la vez de tender altísimamente el pensamiento, tenían necesidad y gusto en hablar con naturalidad atenta y solidaria de los humanos, recíprocos intereses modestos, sencillos, con toda clase de gente y con comprometedor interés del alma?

Así, cierta noche, tristísimo yo no sé por qué, me dirigí hacia uno de los bodegones que yo pinté en "Sombras sobre la Tierra". Había algunas personas en el mostrador. Como quería estar solo, enderecé al fondo, donde había una enramada. El tiempo estaba fresco. Nadie me iría a perturbar allí. Sin embargo, de pronto, se abre la puerta de comunicación con el despacho. Y un negro cuyo andar y cuya expresión de la cara dejaban advertir su ebriedad, se me acerca. Pensé en un pedido de dinero para seguir bebiendo, máxime cuando empezó diciéndome:

—Yo tengo que pedirle un gran favor...

—Bueno —apresuré.

—Usted tiene que escribir una obra sobre nosotros...

Estupefacto, contuve la mano, que ya buscaba el bolsillo. Y me vinieron ganas de llorar al él seguir:

—...sobre nosotros, digo, sobre los que somos malos y nos damos cuenta y no podemos reaccionar.

Entonces yo me incorporé, lo hice tomar asiento, me volví a sentar. Entonces yo ya no quise estar solo. Y bebimos. Y le dije que todos los hombres somos malos, y nos damos cuenta, y no podemos reaccionar. Pero que como ya nos estamos dando cuenta —esto se generaliza cada vez más en nuestra época y, claro está, entre nosotros—, es posible que llegue un día en que nos encontremos buenos todos. Y le dije que estaba ya escribiendo una obra en la que algo de eso se evidenciaría. Y el negro fue poniéndose crecientemente contento. Y, yo, cada vez más triste. El, porque en su corazón aceptó que ya estaba todo arreglado. Yo, porque desconfiaba, asimismo crecientemente, no sólo de mi filosofía sino, también, de mis facultades de escritor.

Pasan los días. Seguía, seguía escribiendo. Como a la media noche, iba siempre a un café grande pero modesto, donde, a veces, me era dado sentir hasta el llanto a la tibia presencia de la nación: Cantores, Guitarreros... Se bailaban, en ocasiones, las danzas nativas. Había momentos, allí, para mi alma, en que la patria se hacía una forma viva, una madre inmensa que como envolvía a sus hijos todos. Cuando, estando allí, sentía necesidad de escribir —a veces sólo para no olvidarme de algo que acababa de ver o de escuchar, y por no hacerlo delante de todos porque entonces sí que me les pondría en artista—, pasaba tras el mostrador, pues tenía confianza con el dueño, empujaba una puertita y entraba en una antecocina de piso de piedra donde había una mesita. En mi ingenuidad, no pensé hasta bastante después que, teniendo entre los parroquianos tantos amigos que tanto me querían, no me era posible el recogimiento de aquella soledad sin alguna intervención voluntariosa. Mucho más tarde lo supe. Ni el patrón ni los mozos dejaban acercarse a nadie porque yo "estaba escribiendo la novela".

¿Y en qué consistía para ellos la novela? Yo no hablaba de eso, como es natural, sino muy circunstancialmente. Ellos no lo sabían bien, pues. Sólo sabían que era sobre ellos y su mundo. Y estaban atentos y enternecidos, lo fuí advirtiendo poco a poco. Y aguardaban, se ve, a "Sombras sobre la Tierra" —sin esperanzas de leerla, muchos, porque eran analfabetos—, con una imponente confianza en mí. Seguros de que yo iba a poner de ellos lo que ellos intuían en el fondo de sus corazones que eran ellos;

no, por cierto, lo que la mayoría de la gente en ellos había visto siempre, en ese apreciar apenas lo más inmediatamente aparencial.

Pero yo no estaba absolutamente solo en aquella antecocina que, además de la mesita, tenía contra la pared otra muy larga, donde se depositaban fiambres y panes desmesurados. Era sentarme yo y, casi en seguida, más que atento, por un lado, a las apariciones del cocinero; por otro, a las de algún mozo que venía del salón con su bandeja y sus platos vacíos, surgía un ratoncito. Correteaba un poco, sin temor se acercaba a contemplarme escribir "Sombras sobre la Tierra", trepaba entre las salchichas, el jamón, el queso, muy abierto su apetito. Se imaginarán que desde la noche que lo descubrí ya no cené más allí, como solía. Pero no podía denunciar a aquel compañero tan a sus anchas conmigo aunque yo me moviese, me incorporara, me sonara con fuerza, y que, como con resorte, se hundía en su cuevita en cuanto se entreabría alguna de las dos puertas del recinto.

Nadie supo, pues, de su existencia. La revelé después. Cuando, de vuelta de una estadía de meses en Montevideo, me encontré con que la cocina se había incendiado, y experimenté la pena anticipada de que después, en la alta noche, al ocurrírseme continuar allí "Sombras sobre la Tierra", lo haría solo de toda soledad, ya. El patrón y los mozos seguirían no dejando acercar a los parroquianos. El humo, tal vez el fuego mismo, me dejaron sin aquel como montoncito de tierra tan alegre, tan alegre de vivir.

He pecado por minucioso. Pero en el momento de ir a decir lo que ahora les contaré, apareció en mi alma el pequeño compañero; lo ví, confiado, corretear por mi intimidad como por las grises piedras de la vieja antecocina, igual a cuando estábamos solos, y sentí como que, si antes, en San José, hice bien al no descubrirlo, ahora haría mal si no lo descubriera a ustedes.

Y a otra cosa de las que giran en torno de la novela. Una noche salí hacia los bajos fondos y entré a una casa, de las pésimamente conceptuadas, donde yo tenía la obligación de ir casi a diario y la de permanecer aunque fuera unos minutos. Porque la patrona, que me quería mucho, me necesitaba. Yo la seguía a su cuarto. Nos sentábamos. Yo, en una silla; ella, en su sillón. Y, así, conversábamos un rato. Yo me propuse no dejar de hacer esas visitas cuando noté que si una vez faltaba, a la siguiente ella no disimulaba cierta persistente contrariedad. No podía comprender, al principio, a qué se debía aquello. Después descubrí, para mi asombro y mi enternecimiento que, visitándola yo, ella, durante unos momentos al día, entonces, podía conversar como una señora, —la que no había podido serlo—, con un amigo de visita que —hasta que nos conocimos—, no había tenido nunca.

¿Y de qué conversa una señora que no ha podido serlo jamás, con un amigo asimismo como de esos que jamás tuvo? Nuestros diálogos eran semejantes a éste:

—¿Qué me dice, señora, del tiempo? ¡Está malo! —iniciaba yo sin importarme en absoluto que lloviese a cántaros.

Importándole menos, aún, ella me contradecía; si no, se acababa el tema y había que seguir con otro.

—¡No, no crea; no crea!

—¡A mí me parece que está muy pesado!

—¿Pero usted cree que va a llover? ¡Qué esperanza!

Sin la oportunidad de hablar sin decir nada, si el estar con alguien no opera de cuando en cuando soledad, si esto falta en demasía, se fataliza una verdadera desgracia.

Quienes todas las noches me veían dirigirme a esos sitios tan unánime-

mente reprobados pensarían, tal vez, en una depravación creciente. Yo iba, sin embargo, para hacer un dulce bien; un gran bien de esos que tan al alcance de todo, está hacer; que cuesta tan poco, tan poco hacer.

Cumplida mi visita de aquella noche, abandoné la habitación. Llegaba ya a la puerta de calle, cuando aparece entre las plantas y las flores una joven que yo quería mucho, que era muy buena y que buscaba mi amistad como un alero; para refugiarse en mi cariño y dejarse allí ser vista por ojos inocentes, ojos que no vieran lo que los demás tan fácilmente ven. La advertí demudada y como suplicante. Me acordé del negro del bodegón. Pero en ella había otra cosa. No eran efectos del alcohol los que podrían causar aquella expresión como de doliente sueño. Era —me lo fuí aclarando más tarde— como si recién, con estupor, estuviera por primera vez sintiéndose a si misma. Y se preguntara "¿Qué es esto que soy yo, tan manchado y tan puro?".

Le clavé los ojos sin saber qué decir. Ella rompió el silencio:

—A mí me parece que tú tienes...

Yo agucé intensamente el oído, como en asecho. Entre nosotros, cualquiera, por inculto que se sea, conoce el empleo del *tú*; simplemente que, la mayoría, prefiere el *vos*. Y cuando en lugar de éste surge el pronombre no habitual, entonces es porque una ténue carga afectiva busca apoyarse en él para expandirse. Ahí, por ese medio, se expresa lo más delicado, lo más fino de almas de ésas, no depuradas y con escasos medios de participación. Por eso, bebí, más que escuché, estas palabras:

—...tú tienes que escribir una obra sobre nosotros; sobre nosotros y sobre todo esto.

Y alargó la mano hacia la zona moralmente más sombría, aún, del bajo fondo.

—¿Pero no sabías que ya, que ya empecé? Sí, yo estoy escribiendo, querida...

—Se dice. Algo oí decir... Pero yo quería saber...

—¡Claro que sí! Y, a lo mejor, te pongo a tí...

—¡Ay, eso sí que no! ¡Qué vergüenza!

Y salió corriendo y creo que casi lloriqueando, herida en su pudor —¡el de ella y allí!—, ante la idea de que, pintada por mí, pudiesen verla por primera vez —ella, desde hacía algunos años tan vista enteramente por quien se le antojara—, porque muy bien intuía qué cosa auténticamente suya iría a revelar yo, de permitírmelo las fuerzas —¡y ella, la pobre no dudaba de éstas!—, pues, por cierto, no podría ser para que mostrara sus lacras que me incitaba a escribir "sobre nosotros y todo esto".

Así, mientras se componía, lo ven, "Sombras sobre la Tierra" ya atraía un cariño, una ternura —en algunos casos imponente esperanza—, que de ninguna manera podría obedecer a las calidades literarias con que, al fin, pudiera resultar, ya que ni siquiera el amigo querido que en nombre de la Junta Departamental me ha ofrecido este homenaje; ni él ni sus hermanos, la habían empezado a conocer. ¡Oh, no; había otra cosa! ¿Qué? No sé. Pero otra cosa. Como la hay aquí, esta noche, entre nosotros —y dejo para el final su aclaración—, justificando el haber aceptado de este homenaje.

Recorro más que rápidamente en mi memoria porque debo finalizar. Confieso que terminaré sin ganas, con melancolía. Es que al hacer estas menciones, al aludir a esos seres, soy feliz de verdadera felicidad, pues vuelve a exteriorizarse mi vieja gratitud.

Una noche, en el despacho donde meses antes había encontrado al doliente negro que "no podía reaccionar", estaba con dos amigos, junto al mostrador, cuando llega y se me enfrenta un hombre muy bueno, repartidor de pan, que andaba siempre en su carro por las calles del pueblo, a medias sentado,

pues apoyaba un pie en el estribo, pronto para bajar en casa de cada cliente y, al subir otra vez, quedar, así, en condiciones de volver a bajar con facilidad.

Lo advertí un poco tomado; pero en él se agregaba algo más. Tenía la mirada ardiente, que se le acentuó cuando, golpeándome el pecho, me dijo:

—¡Usted sí es feliz!

Yo no podía confesar que era más desdichado que él y que todos, porque, con el mío, sufría el infortunio de ellos; que lo que había era que yo tenía voluntad de hierro, a pesar de aquel mi aire dulce y un sí es no es distraído.

—¿Pero cómo me dices eso, muchacho!

—¡Porque usted no se va a morir cuando se muera!

Aquello tenía otro sentido del que yo supuse. Hice de inmediato mi composición de lugar.

—Todos, todos; tú, yo, todos nosotros, nos vamos a morir...

—¡No! ¡No! Lo suyo es maravilloso y lo mío es espantoso. Porque yo me muero en cuanto no aparezca más en el pueblo arriba del carro. ¿Quién se va a acordar más de mí, al otro día?

Ya ven ustedes, se equivocaba. Lo estoy haciendo presente esta noche, en estas solemnes circunstancias. Si lo evoco ahora, después de tantos años, él no ha muerto definitivamente, todavía. Pero no lo creyó. Por eso fué que, meses después de la escena que he referido, tuve una tremenda noticia. Se había ahorcado, colgándose de un árbol. No pudo soportar más tanta piedad por él mismo. El pobre repartidor de pan no era tan fuerte como su amigo el escritor.

Rodeado de aquellos seres, y entre tales tumbos emocionales, yo seguía, seguía escribiendo. A veces, dejaba la pluma. Sobre el papel la tinta se borroneaba demasiado.

Y después los originales —hecho que tan cariñosamente celebra esta Junta— vienen a Montevideo. En una gran imprenta amiga se empieza a componer el libro. Ya en proceso de impresión, subo un día al taller para ver cómo iban las cosas, y el regente me dice:

—¿No sabe lo que está pasando con "Sombras sobre la Tierra"? Los empleados se llevan los pliegos a escondidas, y yo hago la vista gorda, para ir leyendo la novela como por entregas.

Esto no es para envanecerse un escritor. Aquella gente no estaba en condiciones de saber si la obra era buena o mala. Era, sí, para quedar más que contento a un hombre. Su cariño por unos seres sin cariño, atrajo hacia ellos el de los obreros que tenían por misión obligada hacer que ese sentimiento pudiera despertarse en lejanos, desconocidos corazones, y nada más.

Este fué el primer homenaje que la novela recibió en Montevideo. ¡Quién hubiera podido decir, en aquellos días, que iría a recibir el igualmente tan honroso, que nunca olvidaré, de esta noche!

Y hubo otro homenaje, casi en seguida. Al entrar al taller una tarde, el regente, un viejo español muy inteligente y muy bien, muy grave, asimismo, me toma por el brazo y me lleva hacia unos grandes casilleros de madera.

—¿Qué me dice?

Había llegado de Italia un nuevo juego tipográfico. Como la empresa era tan poderosa, había adquirido desde las letras más pequeñas hasta unas de 10 centímetros o más, quizá. Cada juego se guarda en compartimentos separados, cada uno de los cuales presenta, a su vez, tantas reparticiones como el juego tiene de tamaños de letras. Y en cada casillero se halla una etiqueta con una palabra impresa, siempre la misma, con el mismo tipo que guarda adentro para su rápida identificación. De arriba a abajo, el mueble ostentaba una inscripción hecha en todas las medidas: La Nena. La Nena.

Con el nombre de una muchacha de la novela —de los personajes que yo más quiero—, los obreros habían bautizado los tipos recién llegados.

Adviertan ustedes qué manifestación, a diestra y siniestra, de cariño.

Y sale al fin la obra. Y sucedió otra cosa insólita. Grandes escritores del país, con quienes no puedo rivalizar porque han sido y siguen siendo mis entrañables amigos, pero que bien pudieron sentir que no había por qué señalar, y con bombos y platillos, la aparición de un libro ajeno, escribieron sobre la novela. Escribió Zavala Muniz, escribió Gustavo Gallinal, escribió Emilio Oribe, escribió Silva Valdés, escribió Montiel Ballesteros... No debí haber empezado la mención. No quiero seguir por no omitir a alguno. Baste con dejar sentado aquí que hay que estar contentos con nuestro país. Y que, por no olvidar ahora que "el bien siempre está bien aunque esté mal" como dice un personaje de la novela, debemos entregarnos, ciegamente, al goce de comprobar que grandes artistas nuestros lo son asimismo grandes moralmente: capaces de dispensarse entre ellos recíproca ternura en el campo —quieran que no, porque lo imponen los demás—, de una competencia capaz de llegar, a veces, a ser apasionada.

Y, después, "Sombras sobre la Tierra corre con gran fortuna. En San José todos estaban contentos. Algunos creían reconocer su propia psicología en la novela. Y yo les decía que sí, aunque no fuera cierto. Y esos resultaban los que más fielmente se veían retratados...

Vienen después tremendos acontecimientos políticos y se produce el estallido revolucionario de enero de 1935. Tenía que haber acompañado a mi padre, con la gente de San José. Yo había llevado la orden de levantamiento, y la indicación del día y de la hora. Pero me disgusté con algunos dirigentes y volví a Montevideo. De aquí salí, pues, un sábado de noche, con varios compañeros, en dos autos, hacia Santa Catalina. Allí alguien nos ocultaría en un monte para esperar la madrugada del lunes, en que nos levantaríamos en armas. Marchamos toda la noche. Era preciso llegar temprano de la mañana. Cerca ya, a alguien se le antojó que parásemos en una pulpería. Convinimos simular allí que andábamos en negocios de campo, porque debíamos mantener rigurosamente el incógnito, no fuera cosa que nos llevaran presos antes de empezar la revolución. Entramos al vasto recinto. Y acodados en el mostrador, pedimos de beber. En seguida veo, en un ángulo del salón, un sillón de barbero, un gran espejo y, al lado al peluquero. Bajito, con un gran jopo cuidadosamente levantado, peinado, se apreciaba, con paciente esmero. Luego, saco corto y más que lustroso, unos pantalones casi a media canilla y arrugados zapatos ciudadanos, resquebrajados hasta mostrar el calcetín...

Al ver la peluquería, recordé, por los cuentos en boca de los soldados de 1897 y 1904, lo penoso de pasar meses y meses con el pelo sin cortar, sin otro remedio que acudir a manos inhábiles que, aplicando una taza al casco del "paciente", la utilizan como única guía de las tijeras. El ajetreo de las últimas semanas me había impedido ir a la peluquería. Entonces, rogué a mis compañeros que me aguardaran un momento, decidido a hacerme cortar casi al rape con el hombrecillo.

Entre paréntesis: adviertan que yo no debía de tener mucha confianza en poder voltear al Gobierno. La precaución de hacerme rapar indicaba la aceptación subconsciente de meses y meses de campaña...

Me acerqué, pues, al enorme, antiquísimo sillón. El peluquero, que sin duda me había estado observando, me esperaba ya. En un santiamén quedó sólo mi cabeza afuera de la gran toalla en que, con sillón y todo, me envolvió. Empezaba a decirle que quería el pelo bien corto cuando mi barbero me interrumpió:

—Yo sé cómo tengo que cortarle a usted. Como a un artista. Porque yo lo

conozco. Por los retratos de los diarios. Usted es el autor de "Sombras sobre la Tierra".

Pensé en mis revolucionarios del mostrador. — Me sacan más que ligero de la peluquería con el pelo intacto si se dan cuenta de que éste me descubrió", me dije lanzándoles una furtiva mirada. Por suerte, el hombre, que conversaba sin parar, lo hacía en muy bajo tono confidencial. En una, alcé la vista y me topé con el espejo. Era el más absurdo a que alguien pudo asomarse en su vida. En un ángulo superior tenía pintado, no rosas sino un rosal completo, con sus ramas y sus espinas. Pero esto no era lo de extrañar; así eran comunes, antes. No, fué que, o debido a que el azogue tenía graves deterioros o porque algo en su vidrio resultó mal fabricado, cuando me fijé en mi cara me ví un ojo en el rosal, en forma tal entre las espinas que me obligó ya, hasta el fin, a permanecer como retratado para no moverlo y pincharlo. Al otro ojo lo busqué por toda aquella diabólica superficie. Lo hallé, sí, pero tan en el extremo inferior que, instintivamente, intenté como a sacar el pie para no dejarlo caer al suelo y que se me ensuciara. El resto de la cara no se me veía. Parecía que me hubieran despellejado y que con mi piel habían forrado trechos del cristal. Porque él presentaba grandes manchas sólo con el color, nada más que con el color, eso sí, exacto, de mi piel. Cuidadosamente inmóvil, seguía yo la charla en un tono bajísimo, como de rezo, para obligar al de las tijeras a imitarme, temeroso de que mis amigos oyeran y, entonces, sí, me abandonaran y salieran huyendo; tal era el carácter de la charla, tan insistentemente reiteradora de mi nombre y de mi condición. Ignorándolo todo, ellos, en el mostrador, a fin de despistar al pulpero y a los otros parroquianos —¡después lo supe!— continuaban dando con paciencia a entender hasta que quién iba a comprar el campo era yo, un tal Gutiérrez. Y yo, muy "escritor", junto a mi lector de Santa Catalina, bien sabedores, por cierto, los dos, de que no ha habido jamás entre nosotros escritor que haya podido comprar una cuadra de campo.

—A usted se ve que no le gusta el bandolín, señor Espínola.

—¡Me gusta, sí! —susurré para obligarle a bajar la voz.

—¿Y cómo, señor Espínola, no puso ninguno en "Sombras sobre la Tierra"? ¡A mí me gusta tanto!... — Y siguió después de un breve silencio, aludiendo a un personaje de la novela: — La Nena... ¡qué persona, sin despreciar!

—¡Oh, sí; muy buena!

—¡Y qué buena era también la finadita Margarita!

Margarita, aclaremos, es una muchacha de la novela que se suicida arrojándose al río. Me emocionó aquel candor del hombrecillo del jopo, cuyas tijeras batían sin cesar; su inocencia al considerar a un personaje de la fantasía como a un personaje real, capaz de morir de veras; al punto de que, ahora, le daba un nuevo calificativo, aquel, claro, que no podía recibir cuando, desde mi escritura, procedía y sentía de modo que la iba haciéndola querer por mi pobre peluquero. Y recordé, entonces, algo muy singular. Yo fuí muy amigo de Vaz Ferreira, desde joven. Conversábamos mucho, solos, los dos. Y muchas veces —conocía mejor que nadie hasta los menores detalles de "Sombras sobre la Tierra" —muchas veces, con aquella su voz tan velada, tan dulce me dijo, y me volvió a repetir poco antes de morir: "¡Yo no sé cómo usted pudo matar a Margarita!".

Ya ven qué conmovedor, qué hondo, ésto. Dos almas en todo sentido fijadas casi en los polos opuestos de la vida nacional, se habían encontrado en el mismo sentir inocente de que un personaje literario era un ser viviente. Es que, señores ediles, a todo lo largo de la vida nacional hay —y ese debe ser orgullo nuestro—, hay una corriente de ternura humana, de intensa afectuo-

sidad no siempre manifiesta, pero que se revela en su maravilla a la menor oportunidad.

Seguíamos hablando mi peluquero y yo, ya, como en mutuo embeleso, creo. Para mí, ahora, con aquella figura ilustre y querida entre los dos... Pero continuemos. Abrevio. Apenas hablaré unos minutos más. Urgen desde el mostrador. Da el peluquero por terminada la tarea, entonces. Como no me pude ver en el espejo, me acerqué muy satisfecho a mis compañeros ya ansiosos por salir. Y con mirada de asombro, uno de ellos, amigo de la niñez, hoy ya desaparecido, hermano de quien tan generoso y tan noble ha sido esta noche representando a la Junta, me dice:

—¡Pero muchacho! ¿Qué te hicieron?

—¿Qué? ¿Tengo la cabeza llena de escalones?

—¡Pero si estás con el pelo más largo que antes?

¿Qué debía haber pasado? Que en la conversación, con el placer de tener por primera vez a un escritor a su lado, y mencionando a personajes que tan íntimamente había querido, el peluquero de Santa Catalina, sin dejar de batirme las tijeras en la oreja, se había olvidado de cortar y lo que hizo fué acariciarme constantemente con su peine.

Ya ven, y seguirán viendo, cómo fluye en torno a "Sombras sobre la Tierra" un cariño que hace sentir que la vida es mucho mejor de lo que solemos pensar; que los hombres son mucho mejores de lo que, a veces, ellos mismos dejan suponer; al punto de que, en ocasiones, merecen que se les diga: ¿Por qué te estás olvidando de que eres mejor de lo que eres?". Salteo recuerdos. Se produce la pelea de Morlán. El enemigo, en derrota, se va por donde vino. Los muertos quedan en el campo. Los heridos ya han sido retirados. Reunidos después en el monte, desesperado, salgo al lugar del combate, otra vez, al notar la falta de Juan Carlos Alles, de mi amigo de la infancia, del que fué mi hermano. Al poco trecho, lo veo descender una colina con paso tranquilo (fué él y otro hombre maravilloso en su valentía y su nobleza, que se llamó Antonio Paseyro, quienes tiraron los últimos tiros al enemigo en retirada). Desde lejos me gritó:

—¡Hay, que suerte! ¡Yo creí que te habían matado!

—¡Y por qué!

—Sí, porque alguno, al ser herido, debió de sacudir y haber echado atrás la cabeza, revolviéndosele el pelo. ¡Y en la línea de fuego se corrió la voz de que habían muerto al de la melena!

Ven que no exageré. Para los accidentales compañeros, el de la melena era quien, hacía apenas unas horas, se había levantado, después de largo rato de inmovilidad absoluta, del sillón de una peluquería!

Pasan unos días en la zozobra de caer prisioneros. No teníamos armas suficientes. No teníamos munición. Podrían cercarnos de un momento a otro. Temíamos que no nos juntaríamos ya con los compañeros que en otras regiones del país realizaban un sacrificio que las circunstancias a nosotros no nos permitían hacer... Y, en efecto, caímos prisioneros. En unos camiones rodeados de soldados, nos llevan a Rosario. Allí el único lugar donde podrían tenernos seguros era la comisaría, un grande edificio muy viejo. Al llegar, todo el pueblo se agolpó curioso por ver a hombres que llegaban de una revolución. Cuando me toca descender a mí, al pisar la vereda, una voz jubilosa me hace tornar la cabeza.

—¡El autor de "Sombras sobre la Tierra"! ¡Salud!

Y el hombre, lo veo todavía, se sacó el sombrero.

—¿Y esto? —exclamé, ya entrando, al prisionero que llevaba al lado. Si el comisario y sus soldados son tan atentos como este señor, aquí hasta baile va a haber.

Pero el jerarca, por cierto, resultó muy otra cosa. Nos metieron en un calabozo donde no podíamos tendernos todos a la vez. Mientras estuvimos allí, yo dormí sentado, siempre. El calor era allí insoportable. Nos ahogábamos. A las horas en que el sol picaba fuerte sobre el techo, aplicábamos por turno la boca al agujero de la gran cerradura para respirar, por unos momentos, un poco mejor. Cuando en vez de la boca poníamos allí el ojo, nos fué dado en ocasiones presenciar cosas terribles. Hombres desconocidos, prisioneros también, como nosotros, eran conducidos en brazos, arrastrados a veces, desmayados, y los sentaban contra la pared, en un largo banco del patio. En peores condiciones que nosotros, sin duda, resistían menos. Casi en cuclillas para conseguir observar por el agujero de la llave, ¡cuánta angustia en mi corazón al contemplar aquellas bocas abiertas, aquellos pechos como fuelles, aquellas miradas extraviadas! Pero, esto, horas después, y en los días sucesivos. Lo que ocurrió apenas a unos diez minutos de haber quedado encerrados y en penumbra fue un rechinar de trancas y cerrojos— además de inmensa llave, (desde afuera se echaba de lado a lado de la puerta una tranca de hierro) fué una viva luz y la aparición entre la guardia de un soldado patibulario, máuser en mano.

—¡Señor Espínola!

—¡Presente!

Contemplando aquella cara, recordando la de su superior, viendo caras parecidas y más máuseres al lado, me ví —clarito desde la cabeza a los pies—, frente a un pelotón de fusilamiento.

Medio en broma medio en serio, al salir susurré a mis compañeros expectantes:

—Me está pareciendo que empiezan por mí.

Al llegar a una puerta, con la cabeza el soldado me ordena que entre, y él queda afuera. Ya en el interior de una pequeña habitación, mis ojos escrutadores y recelosos advierten la cara de contento de un hombre que se me adelanta con creciente sonrisa: el que me sacó hacía pocos momentos el sombrero en la calle.

—Yo soy fulano de tal. (Nunca olvidé, nunca, su nombre. Mi gratitud por él es un rescoldo en mi corazón. Cualquier circunstancia, cualquier asociación de ideas sopla allí, y aparece una brasa lindamente luminosa). Yo tengo vara alta aquí, porque soy el corresponsal del diario del Dictador. Soy un admirador de "Sombras sobre la Tierra". Ya mi mujer está preparándole comida. Le mandaremos una vianda al mediodía y de noche. Ya dije el comisario que usted podría comer aquí. Aquí tiene su buena mesita. Aquí tiene su silla.

—¡No puedo! ¡No puedo!

No es éste el momento de narrar literariamente; de dar detalles hasta que las situaciones se recreen. Hablo, dije, como quien en la soledad, charla con un amigo querido... Procedí como cualquiera de ustedes en un caso idéntico. Naturalmente, no pudo vencer mi resistencia. Y volví al calabozo, conmovido ante el gesto de aquel hombre, y contento y muerto de hambre. Por una circunstancia especial, yo hacía tres días que no probaba bocado; mis compañeros, dos; y todos juntos estuvimos así, no recuerdo si dos o tres días más.

—¡Cuenta! ¡Cuenta! ¿Qué hubo?

Me rodearon los prisioneros en cuanto rechinaron otra vez las trancas y se hizo penumbra.

—Hay, que es una lástima que ustedes no me hayan ayudado a escribir "Sombras sobre la Tierra". A estas horas estaríamos todos comiendo.

Conté, entonces sí, minuciosamente. Reíamos todos. Y no por el agujero

de la cerradura sino a través de las mismas gruesas paredes de piedra, un cariño colectivo se tendió hacia la imagen fugaz del hombre que se había sacado el sombrero con tanta prosopopeya y a quien, fué una pena, ninguno de nosotros volvería a ver más.

Aprecian ustedes cómo, misteriosamente, "Sombras sobre la Tierra" continuaba atrayendo cariño, cariño, cariño.

Días después, pasada la media noche —realmente esta experiencia tuvo momentos tremendos—, fuimos sacados, en forma demasiado espectacular y sugestiva, entre soldados de bayoneta calada del inolvidable recinto. A la luz más que lúgubre de un farol que llevaba un teniente, nos condujeron al gran fondo, nos hicieron recostar a una pared muy vetusta y mohosa, y luego de intensa expectativa, subimos a un camión que emprendió la marcha en la oscuridad a través de las calles desiertas, rodeados de camiones con soldados, de autos con más soldados y algunos oficiales, de bayonetas como tantas —¡y tan cerca!—, no ví jamás.

Presentes en mí las hazañas, que ya empezaban, del nazismo, pensé y dije al compañero más próximo, realmente convencido, viendo que nos internábamos en el campo:

—¡Estos nos van hasta hacer cavar a nosotros mismos la fosa!—, olvidando ingratamente que, a pesar de todo, estábamos en el Uruguay.

Poco después, ya hechas velozmente dos o tres leguas, y empezando a admitir que no era posible que quisieran hacer tan lejos del pueblo un nuevo cementerio, alguien —estaba clareando— observó que íbamos por la carretera a Colonia. Y efectivamente: amaneciendo ya, entrábamos con camiones y todo al Cuartel de Colonia para descender en su misma plaza de armas.

Se nos hizo bajar y nos llevaron a un local donde sólo había unos bancos, y cuya puerta quedó de par en par abierta, con firmes soldados de guardia. Todavía estábamos en la duda de si podríamos o no sentarnos, cuando tres oficiales aparecen. El de más alta graduación se inclina y dice:

—Señores, nosotros somos los oficiales que hemos tenido el honor de combatir con ustedes.

Y nos fueron estrechando la mano a todos. Trémulos la mayoría, alguien, sin saber bien qué decir, respondió por el grupo que el honor había sido para nosotros; mientras yo pensaba extrañado: "¡Este es nuestro país, a pesar de todo! ¡Merecidos serán siempre, sí, los sacrificios que por él se hagan!".

—Mientras se prepara el desayuno, le vamos a mandar a los asistentes con calderas y mates...

Lo interrumpió el más joven, un teniente que me contemplaba con fijeza:

—!Pero usted es Espínola! ¿Cómo está aquí? ¡Pero si yo tengo en el cuartel "Sombras sobre la Tierra"! ¡Se lo voy a traer para que me lo dedique...!

Una mirada de orgullo de mis compañeros sentí posarse sobre mí. Y, de golpe, ellos parecieron ser, no ya soldados míos sino mis asistentes.

Se retiraron los tres. El teniente volvió al poco rato con el libro. Le hice una larga dedicatoria muy cariñosa. De lo que me cuidé muy bien es de no aludir a que, días antes, yo le había estado apuntando con el mayor cuidado. Sin mi torpeza en la puntería, él no admiraría a "Sombras Sobre la Tierra", ya. ¡Este es, señores, nuestro país!

Ratos después, recién iba a empezar el mate, un soldado llega, conversa brevemente con el centinela de vista, se adelanta y dice, fijos los ojos, ignorando a quién de nosotros dirigirse:

—¡Señor Espínola!

—¡Presente! —respondí sin salir de mi asombro.

—¡Orden del señor Coronel, que pase a la Mayoría!

Y marcho a la Mayoría con el del máuser detrás, quedándose mis compañeros ardiendo de curiosidad. Ahora, realmente, comenzaba a inquietarme otra vez. "Si me martirizan —pensaba—, para que confiese lo que ignoro en absoluto —es que no sabía otra cosa de la revolución sino que había que ir, —si me martirizan será hasta el fin, porque, aunque quiera, ¿qué podré revelar? Se hará conmigo una masacre sin remedio".

Entro a un despacho sobrio pero confortable, con varios butacas de cuero. Y un hombre uniformado, de unos sesenta años, de porte delicado, fino, gentil, se incorpora de su asiento para decirme:

—¿Usted es el señor Espínola? ¿Cómo le va? — Y me tendió la mano.

—Muy bien, señor coronel—, respondí con ganas de tratarlo de general en agradecimiento por tanta afectividad evidenciada.

—¡Pero qué bien pelearon ustedes, Espínola!

Quedé como contemplando fantasmas. Y como si ellos se me dirigieran en un lenguaje asimismo visionario, el que debe de serles propio; ilógico para la mente humana. ¿Pero es que el coronel había olvidado que pocos días antes le habíamos matado cinco soldados y herido a diez y siete? ¡Ah, no señores Ediles! Es que estábamos en nuestro país y, por suerte, igual a unas décadas atrás, todavía como en aquel mundo criollo que conserva su espíritu en nosotros y se impone, todavía. El jefe era un oriental. Y podía decir que sus enemigos habían peleado bien, recordándolo todo, sin olvidar nada.

—¡Pero qué bien pelearon ustedes!—, repitió ofreciéndome un asiento.

Y ya a punto de sentarme, sin saber qué decir, dije lo que en seguida me pareció una barbaridad:

—¡Y ustedes pelearon lindísimo, lin-dí-simo!

Pero él era militar, militar muy valiente, muy oriental, por lo que tomó mis palabras con absoluta naturalidad, como perfectamente apropiadas. Para tranquilizarme completamente ya, la actitud del Coronel fué reforzada al venirme el recuerdo de que en la "Chanson de Roland", cuando la carnicería se hace más espantosa, el viejo rapsoda de Francia exclama en éxtasis: "¡Hermosa está la pelea!" "¡El combate se ha puesto maravilloso!" De manera que en aquellas para mí más que insólitas circunstancias yo me estaba comportando en forma adecuadísima, mucho mejor, sin duda, que durante las horas, arma entre las manos, de los campos de Morlán.

Paternalmente, el Coronel me hizo sentar y se sentó, también.

—Supe que estaba entre los prisioneros. Lo mandé buscar porque tuve ganas de conocerlo y, además, porque mi hijo, que es estudiante de Derecho y está aquí pasando las vacaciones, es un admirador de "Sombras sobre la Tierra" y le alegrará mucho saber que usted está aquí. Ya mandé que lo despertaran.

Hace que el asistente traiga cognac, jerez... Y me pregunta si quiero tomar té o café. En el monte nosotros fumábamos un tabaco espantoso, incautado no sé dónde. El extrae de un cajón de su escritorio cajillas de cigarrillos de distintas clases.

Al primer sorbo de cognac y a la primera más que fragante humada, me voló el pensamiento hacia mis compañeros. Ellos allá, sin duda inquietos por mí. Y yo... ¡en ésas!

Apareció poco después el joven estudiante de Derecho. Conversamos un momento. Luego —tal vez a una señal de su padre que yo no vi— se retiró. El Coronel se puso de pie.

—Bueno, Espínola, lamentablemente usted es mi prisionero y tiene ahora que volver a su condición de tal.

Su expresión se hizo grave, casi dura cuando gritó:

—¡Sargento!

Yo di media vuelta. El sargento me ganó de atrás, máuser en mano. Y volví a los míos cada vez más seguro de que siempre será poco lo que uno sacrifique por un país en el que abundan hombres de estos entre amigos y entre enemigos.

Han de saber que al rato se repitió la escena con el Segundo Jefe.

Todo por "Sombras sobre la Tierra". ¿Pero podía yo envanecerme como escritor? ¿Es que Jefe, Segundo Jefe, joven bachiller conocían, para que su juicio tuviera validez, una cosa tan difícil como es la literatura? No. Allí había otra cosa, cuya explicación dejo ex profeso para el final; otra cosa que admiración por la aplicación de mis facultades de escritor.

Pasemos por alto muchos hechos, que ya es tarde. ¿Y después? Después fuimos puestos en libertad.

Yo sabía —porque en los últimos días nos permitieron recibir correspondencia—, que mi madre había venido a Montevideo. Pero ignoraba que mi padre, el último en bajar del caballo, pues había quedado encerrado en las sierras de Guaycurú, también estaba aquí. Tomé el ferrocarril para Montevideo, pues. Durante el trayecto pensaba tantas cosas... "Sombras sobre la Tierra" recibía tanto cariño... Las situaciones que me lo testimoniaban aparecían vívidas en mí. Estaba, en cierto modo, contento de escribir; tal vez me sentía un poco orgulloso. Y, sin embargo, mi padre, a quien, naturalmente, desde niño quería, y a quien, poco a poco, fui asimismo admirando, admirando cada vez más, me hacía sentir el cariño natural de un padre, pero nunca nada más. Los libros míos habían sido recibidos más que merecidamente bien por la crítica. En los diarios había muchos amigos míos, por lo cual en ellos se decía siempre que lo que yo escribía era muy bueno. Sólo mi padre no se refirió nunca con elogio a lo que hacía su hijo. Mi padre era culto, capaz de apreciar una obra literaria. Yo estaba seguro de que no era malo lo que yo escribía. Sin embargo respecto de eso mi padre guardaba silencio. Como yo no tenía otro mérito que ofrecerle a sus ya muchos años, muchas veces, pensando en mi situación mi corazón se entristecía. Eramos muy compañeros. Conversábamos mucho cuando yo estaba en casa, en San José. Tomábamos mate largos ratos. Ahora, en aquella mañana de 1935, contemplado el paisaje a través de la ventanilla del ferrocarril, me embargaba el desaliento al admirar más intensamente a mi padre, de nuevo a caballo, por sexta vez en pie de guerra, pero ya viejo, orinando sangre. "Cuando yo le cuente —pensaba— las recientes cosas que me han pasado con "Sombras sobre la Tierra", ¿no empezará a atenderme como escritor; a alegrarse conmigo, un poco...?"

Yo ignoraba que, al fin, lo había alegrado. Aunque, lo sabría muy pronto, en esto nada tenía que ver "Sombras sobre la Tierra".

Llegué a Montevideo. Por suerte pude meterme en seguida en un taxi. Mi ropa estaba impresentable... Al verme, mi madre se arrojó en mis brazos, llorando.

Era éste el destino de las mujeres de nuestro país; el destino que durante las dos décadas anteriores a 1930 pareció definitivamente cerrado. A lo largo del siglo pasado, en el transcurso de sus vidas, ellas lloraron por sus abuelos y por sus padres; lloraron por sus hermanos, por sus novios, por sus esposos, por sus hijos que se iban a la guerra. Mi madre, ahora, gracias a mí, soportaba enteramente el tremendo privilegio de su raza. De niña, lloró por su abuelo y por su padre; lloró, más tarde, por su padre, por sus hermanos y por su novio; lloró, después, por sus hermanos y por su joven esposo. Volvía a llorar, aún, ya anciana. Ahora, sin padre y sin hermanos ya, por su viejo marido y por su hijo.

Cuando me desprendí de ella me dirigí a mi padre que sentado en un sillón tomaba mate. Contemplando mi facha lamentable, él sonrió, sin incorporarse me alargó la mano y me estremeció al decirme, por fin, lo que yo, con tanta tristeza, años y años había esperado en vano:

—Estoy contento de usted.

Se comprenderá qué impulsado estoy a que no sea mi literatura lo que de mí me interese fundamentalmente.

Y es preciso terminar. He hablado más de lo que corresponde. Confieso que me incitó un deseo que tiene su equivalencia en el de aquel que ofreciera flores. Porque perfuman el alma de quien se hace partícipe, creo, recuerdos como estos guardados con unción, mientras viva, en mi memoria. No en lo relacionado con mi padre, asociado sin querer, y que las nobles palabras del edil Luis Mario Alles me hicieron suponer de mención justificable en cierto modo. No. Aludo a las otras referencias, a las que se identifican con el acto de esta noche; con esta sesión extraordinaria en mi honor de la Junta Departamental de Montevideo. Si yo estoy aquí, es exclusivamente porque ella significa el testimonio de un cariño colectivo al que tampoco me siento muy merecedor, pero que admito por tener yo seguro convencimiento de que "el bien siempre está bien aunque esté mal".

No se debe contrariar demasiado adhesiones del alma, no importa que inmerecidas. A veces, el objeto de incidencia lo es tal solamente porque se halla en la dirección de otra cosa que, ésa sí, la merece. Yo recuerdo —y en San José, en circunstancias parecidas a ésta, lo dije—, algo que leí en la "Historia de la Conquista de Nueva Granada", del Padre Ximénez. Allí, él nos cuenta que, durante la conquista, los españoles fundan un pueblo, inmediatamente levantan una iglesia, y obligan a los indios a asistir a los oficios y a venerar a un dios que no era el suyo, que de haber llegado solo muy bien pudo haber sido el suyo; pero que fue impuesto mediante las espadas de los hombres crueles. Había que llevarlos con violencia, a veces, a cumplir la veneración. Más, de pronto, con asombro de todos, libremente, en cuanto se abría la puerta del templo, ya se llenaba éste de multitud de indios que parecían encendidos de un sublime fervor. Pero un día, arreglando el altar, un sacerdote descubre que detrás de las imágenes de su propio culto se hallaban escondidos unos viejos idolillos, ¡los dioses de los indios!, imposibilitados de adorar de otro modo! Pues bien, yo, aquí, estoy un poco así, como aquellas imágenes de primer plano del episodio que nos cuenta el padre Ximénez. Yo sé bien que detrás de mí hay otra cosa, quizá distinta para cada cual, donde se satisface la necesidad de querer; de querer y querer, desinteresada, abiertamente.

Y perdón, señor Presidente, señores Ediles, señora y señores: perdón por lo extenso de estas palabras. Ellas me permitieron alargar el tiempo de mi gratitud.

(¡Muy bien! Aplausos prolongados).

Sr. PRESIDENTE. — Queda levantada la Sesión.

(Es la hora 23 y 35 minutos).

EDUARDO BAROZZI
Presidente

A. Lamboglia de las Carreras
Secretario General

Federico L. Chater
Secretario

Cuando me despedí de ella me dirigí a mi padre que sentado en un sillón tomaba mate. Contemplando mi rostro lamentable, el viejito, sin incorporarse me alargó la mano y, con extrañeza al decirle, por fin, lo que con tanta tristeza, años y años había esperado en vano:

—Estoy contento de usted.

Se comprenderá que importando esto a que se sea mi literatura lo que de mí me diferencia fundamentalmente.

Y ya que termino... He hablado mal de lo que corresponde, también que me [illegible] un [illegible] que tiene su equivalente en el de aquel que otorgaba Borges. Porque perdiendo el alma de quien se hace partícipe, creo, recordar como ese agradable con sonido, nuestra vive en mi memoria. No es lo [illegible] que mi padre ha [illegible] sin querer, y que las nobles palabras del señor [illegible] Allí me hicieron suponer de [illegible] justificable de cada [illegible] a las otras referencias, a las que se identifican con el alma de esta [illegible], con esta [illegible] extraordinaria en mi honor de la Junta Departamental de Montevideo. Si yo estoy aquí, es exclusivamente porque ella significa el [illegible] de un [illegible] colectivo al que [illegible] [illegible] muy [illegible], pero que [illegible] por tenerlo yo seguro [illegible] el bien sea que será bien aunque esté mal".

[illegible] debe [illegible] [illegible] [illegible] del alma, no importa que [illegible]. Y [illegible], el [illegible] de la historia lo es tal solamente porque se halla en la [illegible] de otra cosa que, como la [illegible]. No recuerdo —y en este [illegible] [illegible] parecido a esto, lo dije— que lo en la "Historia de la Compañía de Jesús" del Padre Xarque (?). Allí, al [illegible] de la conquista, las [illegible] [illegible] un [illegible], [illegible] la [illegible] que [illegible] a los indios, a [illegible] los oficios y [illegible] a un dios que no era el suyo, que lo habían [illegible] muy bien pudo haber sido el suyo; pero que fue impuesto mediante las espadas de [illegible] [illegible]. Hasta que [illegible] con [illegible] a [illegible] a cumplir [illegible]. Mas, de [illegible], con [illegible] de todos, [illegible], se cuenta se abrió la puerta del templo, ... se [illegible] esta de [illegible] de indios que [illegible] de un [illegible] [illegible]. Pero un día, [illegible] el altar, un [illegible] [illegible] que detrás de las imágenes de su propio culto se habían [illegible] unos [illegible] [illegible]. ¡Los [illegible] de los indios!, ¡imposibilitados de adorar de otro modo! Pues bien yo, aquí, estoy un poco así, como aquellas imágenes de primer plano del episodio que nos cuenta el padre Xarque. Yo sé lo que detrás de mí hay otra cosa, quizá distinta para cada cual, donde se [illegible] la necesidad de querer y querer, desinteresado, absolutamente.

Y perdón, señor Presidente, señores [illegible], señoras y señores; perdón por lo extenso de estas palabras. Ellas me permitieron alargar el tiempo de mi gratitud.

(¡Muy bien! Aplausos prolongados).

Sr. PRESIDENTE. — Queda levantada la Sesión.

(Es la hora 23 y 35 minutos).

EDUARDO BAROZZI
Presidente

J. Lamboglia de las Carreras
Secretario General

Andrés L. Olaiz (?)
Secretario